

## **Campaña de maquillaje (1)**

*(El Correo, 3. 03. 2004)*

Maquiavelo recomendaba al príncipe ser “un gran simulador y un gran disimulador”, pues no concebía habilidad mayor en un gobernante que la de saber dar en cada momento la apariencia oportuna. Tal era la ‘virtù’ política básica, el poder presentarse como bueno o malo según convenga. Y si no hay político libre en mayor o menor medida de maquiavelismo, a fe que en el Gobierno Vasco cuenta con discípulos francamente aventajados. Ahí está para probarlo su actual “Campaña de sensibilización por la paz y la libertad”, un trabajoso empeño por simular lo que no está pasando y disimular lo que en verdad nos ocurre. Para decirlo con uno de los motivos centrales de su cartel publicitario, todo un ejercicio de maquillaje político.

Tal vez el primer modo de simulación resida en el diseño mismo del cartel. Ese parecido y esa proximidad entre la bala y la barra (de carmín) podrían producir el efecto de banalizar el daño o, al menos, de oscurecer su comprensión. Un proyectil y un pintalabios, juntos y a la par: lo que tiene el cuadro de imaginativo, por reunir objetos a primera vista tan lejanos, le falta de didáctico al no atreverse a desvelar la conexión entre ambos. Por ahí se escapa el que hubiera sido quizá el mensaje más profundo del anuncio. Pues se trataría de entender de una vez que no hay en Euskadi, de un lado, muchos pacientes del terrorismo y, del otro, muchísimos más que maquillan esta sórdida realidad. Sino más bien que, si aquí hay tantos amenazados, es en buena medida ‘porque’ hay cinco veces más de personas que tratan de acicalar ese espectáculo o asisten al espectáculo como si no fuera con ellos. O sea, porque dejan vía libre a los amenazadores.

### Expertos en disimulos

Pero los maestros en este oficio sin duda son los que detentan el poder político en nuestra comunidad, sencillamente porque ese poder incluye entre otros el poder de arreglar el aspecto de las cosas a su gusto. Así lo hizo el lehendakari hace un mes cuando presentó aquella campaña. Manifestó entonces su compromiso de actuar con “permisividad cero”

ante las amenazas a las víctimas. Pero se le olvidó que, en su recurso de inconstitucionalidad contra la Ley de Partidos, defendió a Batasuna porque ésta preconizaba ideas y emprendía actividades que en nuestra tierra tan sólo “molestan, chocan e inquietan”. No que amenazan y asustan, faltaría más. Como se le olvidó asimismo todo el hipócrita y prolongado proceso de desobediencia entablado por la mayoría gubernamental del Parlamento Vasco con su negativa a disolver ese grupo de honestos parlamentarios. Y tantos otros casos tratados con una permisividad pasmosa, de los que las víctimas toman dolorosa nota día tras día.

Un recurso acostumbrado para retocar nuestra vida pública estriba en la reducción o simplificación de su realidad, que no es sólo el terror o su amenaza. Un tumor como ETA será lo peor, pero en modo alguno lo único malo de esta tierra. De manera más insidiosa vive entre nosotros el virus del etnicismo, que inflama a varios partidos de la tierra y que está enfrentando a nuestras gentes en dos mitades. De suerte que no es ETA la primera que silencia la voz crítica de muchos conciudadanos, sino una presión entre oficial y ambiental sofocante, la perversión ordinaria de bastantes sentimientos morales, la estúpida sumisión a lo juvenilmente correcto. Hay una forma de mantener la boca cerrada que consiste en temer discrepar de la cuadrilla, admitir como natural (‘normal’) lo más extraño y acogerse al tópico biempensante. La realidad vasca se resume, mejor que en la bala, en la barra de labios: con ella unos dan color a una realidad mortecina y sacan brillo a su prepotencia; los otros disfrazan como pueden su miedo, su asco o su hastío.

### Cosmética de la indistinción

Puestos a dar el pego, el maquillaje más desvergonzado se logra mediante mecanismos de equiparación de lo desigual para así falsear los riesgos, devaluar a las víctimas o repartir sin distinciones las responsabilidades políticas. Lo hace a base de aproximar dos formas de amenaza bien diversas: “Cuando ETA amenaza a un representante político, etc..., nos amenaza a todos y a todas”. Claro que en un caso hablamos de una intimidación física, mientras que en el otro de una intimidación civil; y no es comparable amenazar de muerte a las personas y agredir a nuestras instituciones democráticas. Es verdad que una amenaza contra unos pocos se agrava si resulta a la vez una amenaza contra

todos, pero cabe suponer que estos todos no viven su moderado ultimatum con la misma angustia que aquellos pocos viven el suyo. Más todavía, a lo mejor resulta que bastantes de los primeros no andan lejos ni de las premisas ni de los objetivos antidemocráticos de los amenazantes.

Por eso mismo tampoco vale igualar los efectos disuasorios causados por la coacción criminal: “Cuando silencian una voz, nos callan a todos”. Pues el caso es que no acallan a todos por igual, qué va. Quienes tenemos una voz más discordante respecto de ETA, arriesgamos mucho más y tenemos que callar en mayor proporción que los otros. Estos, los más próximos en creencias a ETA, no sólo pueden seguir hablando como si tal cosa; pueden asimismo fingir no enterarse de cuántos contrarios han optado por el silencio e incluso creer que tal silencio viene a darles la razón. De espaldas a todo ello, el Gobierno Vasco nos pide que el intento del terrorista “no selle tus labios”. ¿Acaso nos está invitando a reflexionar en voz alta sobre la imposible pretensión democrática del etnicismo o el sinfundamento de la secesión de Euskadi? No lo creo; a estas alturas del desastre sólo nos invita a pronunciarnos contra ETA, qué arrojó, como si aún hubiéramos de abominar publicamente de las SS hitlerianas o del sistema esclavista.

¿Y qué habrá de decirse de la grosera indiscriminación en que el Gobierno sume a todo el conjunto de espectadores? Sólo la infamia puede proclamar que hoy en Euskadi ese resto de 2.040.587 ciudadanos maquillan la persecución de las otras -léase: la ocultan, permiten o justifican- ‘por igual y con una falta parecida’. Admitamos sin reservas que hay un pecado general de cobardía y omisión, sí, pero demayor cuantía en unos que en otros. Las diferentes ideologías que profesan, sentimientos que experimentan y cargos que ocupan les hacen acreedores de muy distinta responsabilidad. Todos sienten miedo, pero los nacionalistas han obtenido y siguen obteniendo provecho de la transigencia institucional, en tanto que a los contrarios les toca sólo padecerla. Los unos repintan la fachada, mientras que los otros han de resignarse a dejar repintarla.

Los autores de la campaña sensibilizadora todavía aderezan nuestra penosa realidad a fuerza de malentender la naturaleza de la democracia: al ataque terrorista se añade ahora el

dislate conceptual. Pues el derecho a la vida no es un “pilar de la convivencia democrática”, sino de la convivencia civil a secas; no es requisito y conquista del régimen democrático, sino condición mínima y punto de partida de la política. No hay razón para enorgullecerse de habitar un país en el que muchos han de pedir permiso para seguir vivos. El primer pilar democrático, no el último, es el respeto a la dignidad de las personas. Y de él emanaría enseguida la consideración de la igualdad de los individuos como ciudadanos y únicos sujetos de derechos. ¿Pero no arranca el plan Ibarretxe justamente de la premisa contraria, de una hipotética nación étnica dotada de derechos?; ¿y no propone como punto de llegada una sociedad de individuos políticamente desiguales?